



Bret Putnam / La Nación

Don Samuel Hidalgo, contralor general de la República, se dedica los fines de semana a velar por su finca lechera, en Cascajal de Coronado.

Samuel Hidalgo El guardameta de la Contraloría

Al igual que lo hiciera en sus tiempos mozos, cuando jugaba como portero en las filas de la Sociedad Gimnástica Española y el Club Sport La Libertad, entonces en primera división, Samuel Hidalgo Solano es hoy el máximo responsable de evitar que le hagan "goles" a los bienes públicos, como máximo jerarca de la Contraloría General de la República.

Todo parecía indicar que aquel chiquillo que nació y creció jugando entre los cafetales de Barrio México, iba a seguir los designios del destino y se convertiría en un ebanista.

Hijo de un carpintero y de una vendedora de lotería, era el undécimo de 13 hermanos, de los cuales ninguno pensaba en la posibilidad de estudiar debido a la difícil situación económica que significaba una familia

tan numerosa.

Sin embargo, la insistencia de una de sus hermanas mayores logró que don Samuel concluyera sus estudios primarios, y que más tarde se matriculara en el Liceo de Costa Rica. Eso sí: tenía que ingeniárselas para aportar al sustento de su familia, por lo que en sus ratos libres trabajaba como mensajero en un bufete o como vendedor de lotería en una esquina del mercado, o bien le ayudaba a su padre en el taller de carpintería.

Reclinado en el sillón de su oficina, en el piso 14 de la Contraloría, en Sabana Sur, por un momento pierde la mirada en la panorámica de los caseríos y montañas que se desparraman al sureste de San José, mientras evoca aquella madrugada, casi 50 años atrás, en que tuvo que retirar el cadáver de su

madre en la morgue del hospital Calderón Guardia.

"Su muerte fue lo más doloroso que he vivido, pero también constituyó un acicate para no desmayar en mi esfuerzo de realizar su sueño: verme convertido en un profesional", afirma este hombre de reposado hablar, quien los fines de semana troca sus obligaciones de funcionario público por el aire fresco y el contacto con la naturaleza en Cascajal de Coronado, donde posee una finca lechera.

Pronto, don Samuel vuelve al relato.

Agente vendedor

Corría el año 1955. Venciendo nuevamente las barreras monetarias, había ingresado a la Escuela de Ciencias Económicas de la Universidad de Costa Rica y ahora estaba a punto de graduarse. Todos sus estudios los hizo trabajando como agente vendedor en Uribe y Pagés, empresa que a la larga llegaría a constituir una parte importantísima en su vida.

Para entonces ya se había casado con doña Nancy Dittel Monge, con quien procreó cuatro hijas.

Por aquellos años se vinculó por primera vez

con la Contraloría, donde ingresó como auditor. Poco después viajó a Puerto Rico para especializarse en administración pública, en la Universidad de Río Piedras, y a su regreso asumió la dirección de Auditoría. Nueve años después la familia Uribe volvió a requerir sus servicios... y los obtuvo por nada menos que 30 años consecutivos, los cuales inició don Samuel como auditor y culminó como vicepresidente.

Ya pensionado, una vez más regresó a la Contraloría, pero esta vez para asumir el más alto cargo de esa entidad.

A sus 65 años, su mayor deleite estriba en dedicarle tiempo a su familia, con énfasis en sus 15 nietos. "Así que cuando no estoy jugando a las *barbies* con mis nietas, me dedico a leer o ver televisión, principalmente comedias, pues para mí el buen humor es la salsa de la vida", agrega don Samuel, quien se declara antagonista de los fanatismos y más bien practicante de los "términos medios", quizá por lo que él mismo define como un carácter personal "muy tranquilo y muy compondor".

**Yuri
Lorena
Jiménez**